

Ser, y
contar



EL COLECTIVO GORDO

MARÍA LAURA DEDÉ

ILUSTRACIONES
ADALBERTO DÍAZ DOMINGUEZ

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS

María Laura Dedé

ILUSTRACIONES

Adalberto Díaz Domínguez

COLECCIÓN 2018 - CUENTO Nº 8



mutual docente
AMCDA

**Esto que te cuento no es invento,
me lo contó mi tía, el otro día,
y asegura que pasó.**

Se trata de un colectivo. Del colectivo número quince de la línea cuarenta y dos.

El colectivo que te digo, todos los días hacía el mismo recorrido. Salía de su casa, donde vivía con sus treinta hermanos, y tomaba la avenida. Después doblaba en la esquina, para ir por la calle fina, ocho, diez, cien cuabras.

En la escuela, subían los chicos. En las fábricas, los grandes. Y en la veterinaria, nadie, porque los perros tienen prohibido subirse a los colectivos, (los gatos también, ya es sabido).

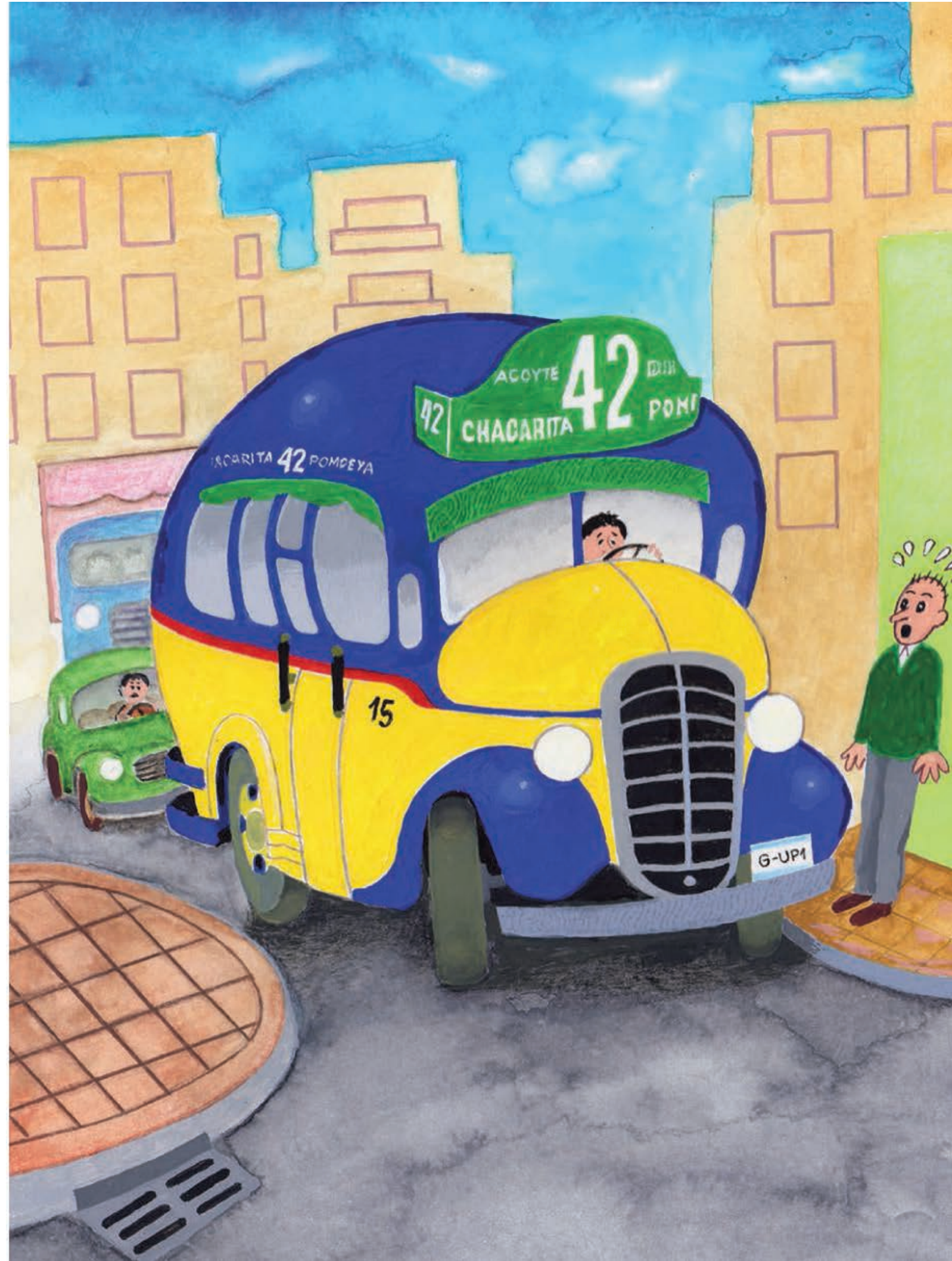


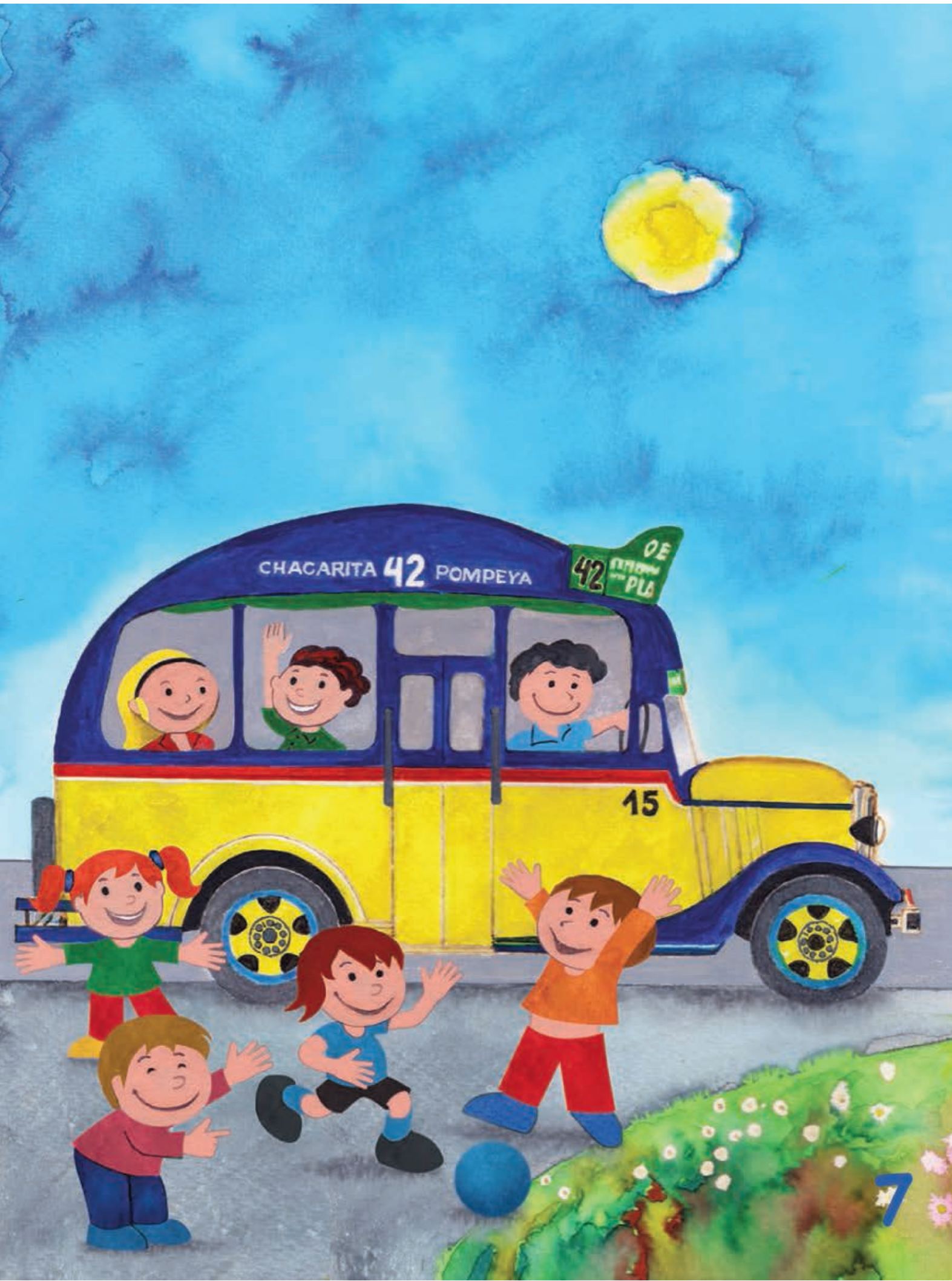
Al rato, otra calle ancha, una angosta, tres cuadras por otra avenida y ya está. Se terminó el recorrido. Ahí se metía en un galpón, que era su segunda casa, justo enfrente de la plaza.

Lo hacía todos los días. Hasta que, al colectivo quince de la línea cuarenta y dos, empezaron a gustarle demasiado los bulones. Y las tuercas, los tornillos, las chapitas y los caños retorcidos. Se los comía por la rejilla que tienen los colectivos al frente, que es como una boca con dientes.

Todas las mañanas, el colectivo desayunaba un plato de arandelas con cablecitos rayados, como el resto de sus hermanos. Pero él, además, llevaba vianda. Era una valija con lijas, clavos y alambre, para cuando tuviera hambre. Y hambre tenía enseguida, en cuanto doblaba la esquina. “Estaba en edad de crecimiento”, me contó mi tía, que de eso, saber, sabía.

**Con tanta comida, el colectivo crecía,
crecía, crecía...**





¡Tanto, que apenas podía doblar la esquina! Hasta que un día, fue más ancho que la calle y usó también la vereda. Los peatones no podían caminar y los autos se escabullían. Solamente los chicos de la escuela se subieron ese día, saltando, desde las ventanas del aula, a través de las ventanillas.

Al rato, la calle ancha, la angosta, tres cuadras por la otra avenida y ya está. El colectivo quince de la línea cuarenta y dos, vio la plaza y allí mismo estacionó.

Ocupó el arenero entero, pero a nadie le importó, porque él era el mejor juego. Los chicos de la escuela jugaron a la rayuela en su pasillo rechoncho y los que llegaron después, al fútbol, la escondida, la mancha o pica-pared.

Allí se quedó a vivir, el famoso colectivo. En él, los chicos jugaban y le daban de comer... o nafta, si tenía sed.

Esta historia es verdadera, te juro, aunque no lo creas. Mi tía fue uno de esos chicos. Y bueno...

**Y frenamos, acá frenamos,
porque el cuento, ya contado,
se escapó para tu lado.**